



EN UN AÑO™

DEVOCIONAL PARA HOMBRES

Sabiduría para cada día

CON STUART BRISCOE



EN UN AÑO™

**DEVOCIONAL
PARA HOMBRES**



EN UN AÑO™

DEVOCIONAL PARA HOMBRES

Sabiduría para cada día

CON STUART BRISCOE



Tyndale House Publishers
Carol Stream, Illinois, EE. UU.

Visita Tyndale en Internet: TyndaleEspañol.com y BibliaNTV.com.

Tyndale, *Tyndale Español*, el logotipo de la pluma, *En un año*, *The One Year* y *One Year* son marcas registradas y/o marcas de uso común de Tyndale House Ministries en EE. UU. y en otras jurisdicciones en todo el mundo. *The One Year* está registrada también en el Reino Unido, Australia, Nueva Zelandia y Canadá. Todos los derechos reservados. Ver Tyndale.com para una lista completa de marcas que son propiedad de Tyndale House Ministries.

Devocional en un año para hombres

© 2026 por Stuart Briscoe. Todos los derechos reservados.

Originalmente publicado en inglés en el 2000 como *The One Year Devotions for Men with Stuart Briscoe* por Tyndale House Publishers, Inc. con ISBN 978-0-8423-1920-1.

Las fotografías de la portada y del interior son propiedad de sus respectivos titulares de derechos de autor de Shutterstock, todos los derechos reservados. Madera © Songchai W; roca volcánica © Rodrigo Bellizzi; abulón © Lukasz Kochanek; metal erosionado © Travis Photo Works.

Edición en inglés: S. A. Harrison

Traducción al español: Belmonte Traductores (BelmonteTraductores.com)

Edición en español: Belmonte Traductores (BelmonteTraductores.com)

Las citas bíblicas sin otra indicación han sido tomadas de la *Santa Biblia*, Nueva Traducción Viviente, © 2010 Tyndale House Foundation. Usada con permiso de Tyndale House Publishers, 351 Executive Dr., Carol Stream, IL 60188, Estados Unidos de América. Todos los derechos reservados.

Las citas bíblicas indicadas con NBLA han sido tomadas de la Nueva Biblia de las Américas™ NBLA™ Copyright © 2005 por The Lockman Foundation. Usada con permiso.

Para información acerca de descuentos especiales para compras al por mayor, por favor contacta a Tyndale House Publishers a través de espanol@tyndale.com.

ISBN 979-8-4005-1888-1

Impreso en Estados Unidos de América
Printed in the United States of America

32	31	30	29	28	27	26
7	6	5	4	3	2	1

Introducción

Una vez le pregunté a mi nieto de seis años:

—Stephen, ¿por qué crees que debemos aprender a leer?

Él pensó por un momento y respondió:

—Porque si aprendes a leer, te ayuda a ser inteligente y a saber palabras.

Stephen, al haber nacido en un país con un índice de alfabetización muy alto, tiene en ese sentido una enorme ventaja sobre aquellos que han nacido en circunstancias donde no hay acceso a la lectura.

Mark Twain dijo en una ocasión: «Aquel que no lee buenos libros no tiene ventaja alguna sobre aquel que no puede leerlos». Con esta afirmación, señaló una triste realidad en muchos países de Occidente: las personas han aprendido a leer, pero carecen de tiempo, interés o disciplina para aprovechar la oportunidad de leer y ser inteligentes y aprender palabras.

En especial me preocupan las personas que no leen las Escrituras con regularidad. Las Escrituras fueron escritas y preservadas para nosotros con el fin de que podamos «ser inteligentes» en cuanto a las cosas de Dios y «aprender palabras» sobre la vida y la muerte, la eternidad y el tiempo, este mundo y el que ha de venir, quién es Dios y qué ha hecho, lo que planea hacer y cómo encajamos nosotros en sus planes. Estas son cosas que no podemos aprender en ningún otro lugar. Estoy convencido de que la Biblia nos fue dada en nuestro propio idioma para que la leamos y aprendamos de ella todo lo que Dios quiere que sepamos y que necesitamos saber con urgencia. Pero aquel que no la lee no tiene ventaja alguna sobre aquel que no puede leer.

Hay diferentes maneras de leer la Biblia. Algunos lo hacen como un ejercicio meramente académico y otros con el único propósito de intentar probar o refutar su autenticidad. Pero mi interés es que la leamos con el propósito de beneficiarnos de ella en la vida diaria. A esto lo llamamos leer las Escrituras de manera *devocional*. Es leer con una mente inquisitiva y un espíritu sediento, anhelando conocer mejor a Dios y vivir más de acuerdo con sus principios. Cuando se lee la Biblia de esta manera, se convierte en una fuente de gozo y deleite, de ánimo y dirección, de corrección e instrucción.

Este libro está diseñado para fomentar la lectura diaria y devocional de la Biblia. Fue escrito teniendo en mente al varón ocupado, y a eso se deben las lecturas relativamente breves. Fue diseñado para el varón moderno, y a eso se deben las aplicaciones contemporáneas de las antiguas Escrituras. Y fue producido con la ferviente esperanza y oración de que, al leerlo, los hombres de hoy se sientan animados y desafiados a volverse sabios en las cosas de Dios y a aprender palabras que les permitan expresar su aprecio por Dios por todas sus misericordias y comunicar a los demás lo que han descubierto de Dios y que ha transformado sus vidas.

Que nunca se diga de nosotros que tuvimos la capacidad de leer, y que tuvimos el libro más invaluable a nuestro alcance para poder leerlo, pero vivimos vidas bíblicamente analfabetas.

Stuart Briscoe



ENERO



LO QUE DIOS QUIERE

*Haz que la gratitud sea tu sacrificio a Dios y cumple los votos que le has hecho al Altísimo.
Luego llámame cuando tengas problemas, y yo te rescataré, y tú me darás la gloria.*

SALMO 50:14-15



A muchos hombres les cuesta trabajo relacionarse con sus esposas. Cuando descubren que hay un problema del que no se habían percatado y entonces tratan de averiguar de qué se trata, puede que les digan: «¡Deberías saber cuál es el problema! ¡El que no lo sepas es parte del problema!». A menudo, la queja de la esposa es que su esposo no le presta suficiente atención. Ella anhela que él se relacione con ella. No es que no aprecie lo que él le da o el trabajo que él hace por ella. Pero aún más que eso, lo quiere *a él*.

Dios tenía una queja parecida con respecto a su pueblo, Israel. Su pueblo era muy activo en sus prácticas religiosas, ofreciendo meticulosamente sacrificios de animales. Dios dijo: «No tengo quejas de tus sacrificios ni de las ofrendas quemadas que ofreces constantemente» (Salmo 50:8). Pero él no quería ni los toros ni los machos cabríos de sus establos y corrales. En realidad, no necesitaba nada de ellos. De hecho, aunque hubiera tenido alguna necesidad (¡que no era el caso!), sin duda no se las habría comunicado a ellos porque sus recursos son infinitamente mayores que cualquier necesidad. Más que a sus ofrendas, ¡los quería *a ellos*! A su pueblo se le había olvidado relacionarse con él, y él quería que regresaran.

Dios quería que su pueblo le diera las gracias (Salmo 50:14). Quería recibir gratitud porque decirle «gracias» es señal de una relación sana con él. Aquellos que reconocen quién es Dios en sus vidas y que saben cuánto dependen de que él intervenga en sus experiencias son personas que saben que todo lo que son y todo lo que tienen viene de él. Al reconocer esta conexión vital con Dios, rebosan de gratitud.

Dios también quería que su pueblo cumpliera sus promesas (Salmo 50:14). Fue Dios quien tomó la iniciativa y le dijo al pueblo de Israel que él sería su Dios fiel. En respuesta, ellos le aseguraron que serían su pueblo fiel. Nació una relación de extrema intimidad, pero el pueblo tendía a olvidar: los votos quedaban sin cumplir, las promesas eran ignoradas y la relación se deterioraba. Pero Dios anhelaba que su pueblo volviera a él.

Dios también quería que su pueblo confiara en él (Salmo 50:15). Imagina el dolor de Dios cuando sus hijos se meten en problemas y luego se alejan de él para buscar la ayuda de otras personas y cosas. Dios quiere que acudan a él y le pidan *su* ayuda. Está más que dispuesto a darla.

Lo que Dios quiere no es ningún misterio: quiere hijos agradecidos y fieles que confíen en él. Quiere personas que le cumplan sus promesas y que vivan en una relación activa con él. Quiere personas en quienes pueda deleitarse y que se deleiten en él. Nos quiere *a nosotros*.

¿POR QUÉ BUSCAR PROBLEMAS?

*¿Por qué buscar más castigo? ¿Se rebelarán para siempre?
Tienen la cabeza herida y el corazón angustiado.*

ISAÍAS 1:5



El primo de Tom Sawyer, Sid, «no tenía una forma de ser aventurera ni problemática»¹. Se ocupaba tranquilamente de sus asuntos, hacía sus tareas y no causaba ningún alboroto. Tom, en cambio, era diferente. Su especialidad era meterse en problemas. De vez en cuando, muy de vez en cuando, «se topaba con una conducta obediente», para gran alegría de su tía Polly, que tanto le aguantaba. Pero, incluso en esos casos, las cosas no siempre eran lo que parecían.

Es imposible imaginarnos un libro titulado *Las aventuras de Sid Sawyer*. ¿Quién querría leer sobre un niño ejemplar que nunca se mete en problemas, que nunca causa disturbios, que jamás se las ingenia para salir de un lío? Preferimos las travesuras y las peripecias de un pícaro aventurero. Pero, por muy atractivos que sean estos personajes, su conducta traviesa puede llegar a ser perjudicial.

¿Por qué hay quienes buscan problemas y se dirigen a ellos como misiles teledirigidos por el calor? Tal vez se deba a la emoción de enfrentarse con la autoridad. O quizás sea señal de un espíritu inquieto que busca una satisfacción que no se encuentra en actividades legítimas.

En la época del profeta Isaías, Dios le preguntó a su pueblo escogido: «¿Por qué buscar más castigo? ¿Se rebelarán para siempre?» (Isaías 1:5). La rebelión y la conducta inaceptable del pueblo estaban atrayendo el castigo de Dios. De hecho, el Señor estaba tan disgustado por su conducta que les dijo que incluso el burro y el buey reconocen y valoran a su dueño, pero el comportamiento de su pueblo ¡ni siquiera llegaba al nivel de esos animales serviles!

Dios es quien define lo que es una conducta aceptable e inaceptable, y es él quien impone el castigo apropiado cuando se quebrantan sus leyes. Si dudamos de la realidad del juicio de Dios, o si cuestionamos si el ser humano debe preocuparse por las consecuencias eternas de sus actos, basta una breve lectura de cómo trató Dios a Israel para demostrar la verdad. Dios muestra su justicia al actuar correctamente con su pueblo. Eso incluye asegurar que se enfrenten a las consecuencias de lo que hacen.

Pero la pregunta sigue en pie. ¿Por qué la gente sigue buscando el castigo? ¿Por qué insistimos en rebelarnos contra Dios? La respuesta se encuentra en las palabras de Isaías. Buscamos el castigo cuando recibimos de Dios todo lo que nos provee, pero no «reconocemos sus cuidados». Buscamos los problemas cuando, después de años de instrucción, «seguimos sin entender». Insistimos en la rebelión cuando, guiados por nuestro corazón malvado, decidimos rechazar «al SEÑOR». Nos comportamos como el antiguo pueblo de Dios cuando nos separamos de su ayuda (Isaías 1:3-4).

Las personas que insisten en rebelarse y en buscar el castigo de Dios están buscando problemas. ¡Y eso no tiene nada de atractivo!

¹ Mark Twain, *The Adventures of Tom Sawyer*. Publicado en español como *Las aventuras de Tom Sawyer*.

VINO DILUIDO

Antes eras como la plata pura, ahora te has vuelto como escoria sin valor. Antes eras pura, ahora eres como el vino diluido en agua.

ISAÍAS 1:22



Jesús de Nazaret reveló sus poderes milagrosos en una boda en la que, para gran incomodidad de los anfitriones, el consumo de vino había superado con creces la cantidad disponible. Así que se acabó el vino, lo cual estaba a punto de convertirse en una fuente de gran consternación social. Entonces Jesús actuó y, para asombro de sus discípulos, convirtió el agua en vino (ver Juan 2:1-11). Jesús transformó lo ordinario y cotidiano en algo extraordinario y agradable. Salvó así la situación.

El pueblo de la antigua Jerusalén, muchos siglos antes, había hecho lo contrario. Convirtió su vino en agua: «Antes eras como la plata pura, ahora te has vuelto como escoria sin valor. Antes eras pura, ahora eres como el vino diluido en agua» (Isaías 1:22). Moral y espiritualmente, el pueblo de Jerusalén ya no era lo que solía ser. En la época de auge era reconocido por ser «tan fiel», como «centro de la justicia y la rectitud»; antes eran «como la plata pura» (1:21-22). Pero la escoria había contaminado la plata y el agua había diluido el vino. Se habían corrompido moral y espiritualmente.

Probablemente no ocurrió de golpe. No fue como si los habitantes de Jerusalén hubieran despertado una mañana y decidieron dejar de ser fieles, justos o rectos. Más bien hubo una erosión gradual de los valores, una falta de cuidado en los detalles y una paulatina confusión de lo que era correcto. A los asesinos no se los castigaba de forma adecuada, los ladrones alcanzaban posiciones de influencia, el soborno era excusado y el cuidado de los más necesitados quedaba en un lugar muy secundario en comparación con prestar atención a los más ambiciosos (1:22-23). Esto comenzó en la cúspide y fue impregnando toda la cultura, hasta dejarla corrupta y debilitada.

Dios estaba indignado. Tomó medidas decisivas y anunció que él mismo se encargaría de tratar la corrupción. El propósito de Dios era restaurar la pureza de su pueblo: «Levantaré el puño en tu contra; te derretiré para sacarte la escoria y te quitaré todas tus impurezas. Otra vez te daré buenos jueces, y consejeros sabios como los que antes tenías. Entonces Jerusalén volverá a ser llamada Centro de Justicia y Ciudad Fiel» (1:25-26). Por supuesto, esas promesas se cumplirían definitivamente cuando el reino mesiánico fuera establecido finalmente.

Lo que Dios prometió hace tanto tiempo para la ciudad de Jerusalén también lo promete hoy para cada persona. Cuando descubre que la plata se vuelve escoria y el vino se vuelve agua debido a la erosión de los valores, a la negligencia espiritual y a una mala disciplina moral, él habla. Promete actuar con firmeza para limpiar primero y luego restaurar. Su disciplina no es vengativa; es restauradora. Su juicio no nace de la ira, sino del amor. Busca redimir al que se arrepiente (1:27), a aquel que deja atrás el pecado y regresa a Dios con una fe renovada. A esas personas, Dios les quitará la escoria de la plata y volverá a darle fuerza al vino aguada. Pero aquel que no se arrepiente no lo experimentará. Su plata permanece como escoria, y su vino permanece diluido en agua.

LA AYUDA DE LOS HUMANOS

No pongan su confianza en los simples humanos; son tan frágiles como el aliento. ¿Qué valor tienen?

ISAÍAS 2:22



En medio de toda la euforia del nuevo milenio, algunos anunciantes sí se dejaron llevar un poco. Por ejemplo, una empresa de tarjetas de crédito anunció que muy pronto encontraríamos una cura para todas las enfermedades, viviríamos doscientos años pero pareceríamos tener treinta, y pasaríamos nuestras vacaciones en Marte. Todo pagado a crédito por cortesía de la tarjeta de crédito de la empresa.

Está claro que los desarrollos del último siglo han sido extraordinarios, y las posibilidades de nuevos descubrimientos son magníficas. El ingenio humano es impresionante. Pero ¿de qué sirve vivir doscientos años si soy infeliz a los cincuenta? ¿De qué sirve parecer que tengo treinta si me siento horriblemente mal por dentro? ¿Y de qué sirve ir de vacaciones a Marte si lo único que voy a encontrar allí son rocas rojas y, además, cuando regrese quizás ya no tenga ni empleo ni familia? Hay que atender todo eso. Afortunadamente, Dios sí se ocupó de eso ¡hace muchos años!

El orgullo es un problema permanente en el ser humano. Cuanto más alcanzamos, más autosuficientes nos creemos. Cuanto más ingenio demostramos, más arrogantes nos volvemos. Dios no se deja impresionar porque sabe que todo proviene de él, que sin él nada somos, nada podemos y nada lograremos. Nosotros, sin embargo, no lo creemos, así que a veces tiene que tomar medidas enérgicas para que lo entendamos.

Eso fue justamente lo que ocurrió en la época del profeta Isaías, que prometió: «El orgullo humano será humillado, y la arrogancia humana será rebajada. Solo el SEÑOR será enaltecido» (Isaías 2:17). Por supuesto, Isaías se estaba refiriendo primero a sus contemporáneos. Lo que anunció se vivió en realidad cuando el pueblo de Dios fue derrotado y llevado al destierro (ver 2 Reyes 25:1-21).

Pero en un sentido más amplio, esta lección se aplica a todas las personas. ¿Y en qué consiste la lección? Que los humanos «son tan frágiles como el aliento» (Isaías 2:22). Por eso se nos advierte: «No pongan su confianza en los simples humanos [...] ¿Qué valor tienen?». La ayuda humana tiene muchos límites y es poco confiable. Por lo tanto, a fin de cuentas, necesitamos dejar de lado el orgullo y confiar en Dios. Entonces recibiremos su ayuda. ¡Será de ayuda para todo aquel que confía en él!

Si tu ambición es vivir hasta que tengas doscientos años y parecer que tienes treinta, quizás la tarjeta de crédito pueda ayudarte. Pero si lo que buscas es vivir para siempre y parecerte más a Jesús, jeso de nada te servirá!

ALGUNOS HOMBRES BUENOS

Pero en aquel día, el retoño del SEÑOR será hermoso y glorioso. El fruto de la tierra será el orgullo y la gloria de todos los sobrevivientes de Israel.

ISAÍAS 4:2



En la hora undécima del día undécimo del mes undécimo del año 1918, las armas finalmente guardaron silencio en Europa. La Primera Guerra Mundial, por fin, había terminado. Diez millones de soldados habían muerto, la mayoría de ellos solteros o jóvenes casados. Oficiales jóvenes habían sufrido bajas desproporcionadamente elevadas. Fueron llamados «la generación perdida».

Entonces comenzó la batalla para hacer frente al futuro. Esto resultó particularmente difícil para las mujeres jóvenes. La «generación perdida» había sido la de sus esposos, prometidos y novios; y las esposas, prometidas y novias sabían que «la oportunidad de tener una pareja en la vida había desaparecido junto con ellos en el lodo de las trincheras»².

Una tragedia similar había ocurrido antes. Cuando Isaías predijo la caída de Jerusalén, que ocurrió en 586 a. C., escribió: «Los hombres de la ciudad morirán a espada, y sus guerreros morirán en batalla [...] Quedarán tan pocos hombres» (Isaías 3:25-4:1). ¿Y el resultado? «Siete mujeres pelearán por uno solo y le dirán: “¡Deja que todas nos caseemos contigo! Nos ocuparemos de nuestra propia comida y ropa. Solo déjanos tomar tu apellido, para que no se burlen de nosotras diciendo que somos solteras”» (4:1). ¡La escena de humillación y desesperación es difícil de imaginar!

Cualquier visitante de Europa hoy en día, sin embargo, puede notar que el continente se ha recuperado. Hombres, mujeres y niños están allí en abundancia. ¡Pero tomó tiempo! También tomó tiempo en Jerusalén. El profeta afirmó que la ciudad se levantaría de nuevo. De hecho, Isaías habló de un futuro glorioso antes de que ocurriera la caída: «Pero en aquel día, el retoño del SEÑOR será hermoso y glorioso. El fruto de la tierra será el orgullo y la gloria de todos los sobrevivientes de Israel» (4:2). Isaías, con una visión de profeta, miraba más allá de los siglos hacia el Mesías: al reino de Jesucristo.

Los sobrevivientes de la tragedia en Jerusalén estaban llamados a ser un «pueblo santo», cuya «inmundicia» había sido lavada (4:3-4). No era simplemente cuestión de supervivencia y luego un regreso a la vida de antes. La experiencia tan devastadora tuvo un propósito: abrir los ojos del pueblo a una nueva esperanza y bendición. La promesa era que aquel lugar, antes en ruinas, encontraría «refugio del calor del día y un albergue contra las tormentas y la lluvia» (4:6).

Las pruebas más difíciles de la vida pueden producir finalmente una bendición. Los traumas permiten que Dios trate nuestro pecado, nos limpie de iniquidad, nos llame al compromiso, fortalezca nuestra fe, afirme nuestros valores morales y nos aparte para llevar una vida santa. Cuando esas cosas ocurren, llegan las bendiciones. Esto no sucede de la noche a la mañana, y una generación perdida tampoco puede sustituirse al instante. Toma tiempo. Pero, por la gracia de Dios, así ocurre.

² Norman Davies, *Europe: A History* (Europa: Una historia), p. 926.

LA CIUDAD IMPÍA

La tumba se relame de expectativa y abre bien grande la boca. Los importantes y los humildes, y la turba de borrachos, todos serán devorados. [...] Pero el SEÑOR de los Ejércitos Celestiales será exaltado por su justicia; la santidad de Dios se demostrará por su rectitud.

ISAÍAS 5:14, 16



Jerusalén pocas veces está fuera de las noticias. Nos hemos familiarizado con imágenes de ambulancias y camiones de bomberos en la escena de atentados y de controles de carreteras donde soldados israelíes registran e interrogan a trabajadores árabes o palestinos. Vemos a miembros del gabinete, en mangas de camisa y fumando sin parar, sentados y discutiendo problemas obstinados, y a diplomáticos entrando y saliendo del Hotel Rey David.

Hace más de 2700 años, Isaías escribió sobre Jerusalén. Incluso entonces la ciudad era de gran interés para el mundo conocido. Y, de manera significativa, era el centro de la atención de Dios.

Y a Dios no le gustaba lo que veía allí. De hecho, anunció destrucción para la ciudad y sus habitantes. Los habitantes de Jerusalén participaban en cometer abusos comerciales atroces, particularmente en bienes raíces (Isaías 5:8). Eran una comunidad fiestera entregada a estilos de vida hedonistas (5:11-12). Estaban tan cautivados por su propio pecado que no lograban ver cuán lejos habían caído, y se burlaban de Dios por no intervenir en sus vidas (5:18-19). La moral pública estaba patas arriba, y la moral privada se había reestructurado para ajustarse a los gustos de cada persona (5:20). Los habitantes de Jerusalén se consideraban lo suficientemente astutos como para engañar a Dios. En realidad, muchos de ellos vivían en confusión alcohólica (5:21-22). Y Jehová había escogido esta ciudad como el lugar para darse a conocer a su pueblo especial, a fin de que ellos difundieran su conocimiento de Dios desde la hermosa ciudad a todas las naciones del mundo (ver Salmo 48).

Pero Dios ya había visto suficiente del desenfreno de Jerusalén, y estaba listo para tratar severamente con su amada ciudad y su pueblo. ¡No tenía alternativa! Dios es «el Santo de Israel» (Isaías 5:19), y su santidad tenía que ser demostrada y reconocida. Pero ¿cómo?

Isaías sabía la respuesta a eso. Escribió: «El SEÑOR de los Ejércitos Celestiales será exaltado por su justicia. La santidad de Dios se demostrará por su rectitud» (5:16). «Santidad» significa «separación» o «ser apartado». Alec Motyer, en su comentario sobre Isaías, dice que santidad significa «pertenecer a otro orden de cosas [el divino]»³. Lo que aparta a Dios de la humanidad es su pureza moral, su rectitud. Pero esta rectitud tiene que ser manifestada, y se manifiesta a través de la justicia de Dios al tratar con la humanidad. Por lo tanto, Dios tuvo que ocuparse de Jerusalén. Su propia santidad, rectitud y justicia lo exigían.

Estas son palabras solemnes para que cualquier habitante de ciudad reflexione en ellas. Mientras que en el campo los hombres aún pueden acordarse del Dios de la naturaleza y reverenciarlo, en las junglas de cemento de la ciudad Dios puede perderse entre el ruido y el brillo, así que los hombres con frecuencia viven divorciados de él y casados con su pecado.

³ Alec Motyer, *The Prophecy of Isaiah* (La profecía de Isaías).

NO TEMAS, MANTÉN LA CALMA

Israel no es más fuerte que Samaria, su capital, y Samaria no es más fuerte que Peka, hijo de Remalías, su rey. A menos que ustedes tengan una fe firme, no puedo hacer que permanezcan firmes.

ISAÍAS 7:9



Cuando el rey David y su hijo, el rey Salomón, habían muerto, su magnífico reino se dividió en dos: Israel al norte y Judá al sur. Durante ese período, los asirios se convirtieron en la fuerza dominante en la región. Para combatirlos, Israel formó una alianza con Aram (Siria), pero Judá se negó a unirse y en realidad mostró señales de inclinarse hacia Asiria. Esto impulsó a Israel y Aram a atacar Judá, pero no lograron capturar Jerusalén. Los habitantes de Jerusalén «temblaron de miedo, como tiemblan los árboles en medio de una tormenta» (Isaías 7:2). Y con razón porque los aliados del norte amenazaban con atacar de nuevo, decididos a capturar Jerusalén, derrocar al rey e instalar a su propio gobernante.

Isaías vivía en Jerusalén, y se le indicó que fuera a hablar con Acaz, el asustado rey de Judá. Llevó consigo a su hijo, cuyo extraño nombre (Shear-jashub) significaba «un remanente volverá». El nombre del niño era un mensaje tanto de buenas como de malas noticias. La buena noticia era que, pasara lo que pasara, un remanente *sobreviviría*. ¿La mala noticia? Sería un *remanente* ¡y estaría *regresando*!

El Señor le dio a Isaías un mensaje para Acaz: «Dile que deje de preocuparse; que no hay por qué temer a la ira feroz de esos dos tizones apagados» (Isaías 7:4). Los tizones en cuestión eran el rey de Israel y el rey de Aram, junto con sus ejércitos. Sin duda, dejar de preocuparse era más fácil decirlo que hacerlo, pero era el mensaje de Dios de todas maneras. Por lo tanto, al rey Acaz se le presentaron dos alternativas: podía buscar una solución política a su situación (un tratado con Asiria, lo cual asustaría a los reyes del norte y lo guardaría de un ataque asirio) o podía elegir una solución espiritual y confiar en que el Señor intervendría a su favor y protegería del daño el reino de Acaz.

¿Debía buscar una solución política o una solución espiritual? Probablemente ninguno de nosotros está llamado a tomar una decisión sobre un asunto tan importante como el destino del estado, pero sí nos encontramos en situaciones en las que es necesario decidir. Las opciones a menudo parecen ser hacer un trato o confiar en el Señor. Por lo general, las respuestas fáciles no están disponibles en tales situaciones; sin embargo, hay algo que podemos aprender del aprieto de Acaz. El Señor le dijo por medio de Isaías: «A menos que ustedes tengan una fe firme, no puedo hacer que permanezcan firmes» (Isaías 7:9). La clave es saber lo que el Señor está diciendo, o ha dicho, acerca de una situación. Si hay instrucciones claras, haz lo que Dios dice. Si él dice: «No hagas nada salvo confiar en mí», ese es el camino. En otros casos, la instrucción de Dios puede ser tomar un curso de acción determinado.

Confiar en Dios para que actúe en nuestro favor puede parecer más celestial que útil en la tierra, ¡pero sí tiene la ventaja de salir bien todas las veces!